

El viejo Hildebrando

Había una vez un campesino y una campesina. Al cura del pueblo le gustaba mucho la campesina y siempre estaba deseando pasar, siquiera una vez, un día entero con ella solas, divirtiéndose los dos, y a la campesina, bueno, también le hubiese gustado. Así que un día le dijo a ella:

Bien, mi querida campesina, ya he planeado cómo podemos estar juntos todo el día pasándolo bien. Mira, el miércoles te metes en la cama y le dices a tu marido que estás enferma y te pones a lamentarte ya quejarte hasta el domingo, en que yo predicaré que si alguien tiene en casa un hijo enfermo, o un marido enfermo, o una mujer enferma, o un padre enfermo, o una madre enferma, o una hermana enferma, o un hermano enfermo o quien sea, tiene que hacer una peregrinación a la montaña de Glóckerli en Suiza, donde por un ducado * se puede comprar un celemín de hojas de laurel y entonces se sanará en el acto el hijo enfermo, o el marido enfermo, o la mujer enferma, o el padre enfermo, o la madre enferma, o la hermana enferma o cualquiera que esté enfermo. Así lo haré -dijo la campesina. Así que al miércoles siguiente, la campesina se metió en la cama y comenzó a lamentarse y a quejarse, y su marido le trajo todo lo que se le ocurrió, pero nada la remedió. Cuando llegó el domingo, dijo la granjera: Me encuentro muy mal, pero antes de morir, me gustaría oír el sermón que predique hoy el señor cura. Ay, hija mía, no hagas eso -dijo el granjero-; podrías ponerte peor si te levantas. Mira, yo iré a oír el sermón, pondré mucha atención a lo que diga el señor cura y te lo contaré todo. Bueno -dijo la campesina-, pues ve y presta mucha atención y cuéntame todo lo que dice.

El campesino se fue a oír el sermón y el señor cura empezó a predicar que, si alguien tenía en su casa un hijo enfermo, o un marido enfermo, o una mujer enferma, o un padre enfermo, o una madre enferma, o una hermana enferma, o un hermano enfermo, o quien fuera, y hacía una peregrinación a la montaña de Glóckerli en Suiza, donde se podía comprar por un ducado un celemín de hojas de laurel, sanaría en el acto el hijo enfermo, o el marido enfermo, o la mujer enferma, o el padre enfermo, o la madre enferma, o la hermana enferma, o el hermano o cualquiera que estuviese enfermo; y si alguien quería emprender

el viaje, que fuera a verle después de la misa para que él le proporcionara el ducado y el saco para el laurel. Nadie se puso más contento que el campesino, que, nada más terminar la misa, fue a ver al párroco y éste le dio el ducado y el saco para el laurel. Entonces se fue a su casa y ya desde el portal empezó a dar voces: ¡Eureka! Mujer, estás prácticamente curada. El señor cura ha dicho en su sermón que si alguien tenía en su casa un hijo enfermo, o un marido enfermo, o una mujer enferma, o un padre enfermo, o una madre enferma, o una hermana enferma, o un hermano o quien fuera, y se iba a hacer una peregrinación a la montaña de Glóckerli en Suiza, donde se puede comprar por un ducado un celemín de hojas de laurel, se le curaría en el acto el hijo enfermo, o el marido enfermo, o la mujer enferma, o el padre enfermo, o la madre enferma, o la hermana enferma, o el hermano o cualquiera que estuviese enfermo. Yo ya he cogido el ducado y el saco de laurel que me ha dado el señor cura y empezaré en seguida la peregrinación para que te cures cuanto antes. Y se marchó en seguida. Apenas se había marchado, se levantó la mujer y apareció el cura. Pero vamos a dejar a esta pareja y sigamos con el campesino. Este iba por el camino, anda que te andarás, para llegar cuanto antes a la montaña de Glóckerli, y según iba así se encontró con su compadre. Su compadre era vendedor de huevos y venía en ese momento del mercado, donde había vendido los huevos. Alabado seas -dijo su compadre-. ¿A dónde vas tan deprisa, compadre? Eternamente, compadre -dijo el granjero-. Mi mujer está enferma y hoy he oído decir al cura en el sermón que si alguien tiene en casa un hijo enfermo, o un marido enfermo, o una mujer enferma, o un padre enfermo, o una madre enferma, o una hermana enferma, o un hermano o quien sea y hace una peregrinación a la montaña de Glóckerli, en Suiza, donde por un ducado se puede comprar un celemín de hojas de laurel, se le curaría en el acto el hijo enfermo, o el marido enfermo, o la mujer enferma, o el padre enfermo, o la madre enferma, o la hermana enferma, o el hermano o cualquiera que estuviese enfermo; así que le he cogido al señor cura el ducado y el saco para el laurel y me he puesto en camino para hacer la peregrinación. Pero, por Dios, compadre -dijo el compadre al campesino-, ¿cómo puedes ser tan

simple y creerte tal cosa? Lo que el cura quiere es estar un día con tu mujer y pasarlo bien, por eso te ha tomado el pelo, para que le dejes vía libre.

Vaya -dijo el campesino-, me gustaría saber si lo que dices es verdad. Bueno -dijo el compadre-, vamos a hacer una cosa: métete en el cesto de los huevos, que yo te llevaré a casa y lo verás por ti mismo. Y así lo hicieron. El compadre metió al campesino en su cesto y le llevó a casa. Cuando llegaron a la casa estaba ésta en plena fiesta. La campesina había matado casi todo lo que había en la granja, había hecho buñuelos y el cura estaba allí y había traído su violín. Entonces el compadre llamó a la puerta y la campesina preguntó que quién era. Soy yo, comadre -dijo el compadre-. Dame hospedaje por esta noche, que no he podido vender los huevos en el mercado y tengo que volver a llevarlos a casa, pero pesan tanto, que no puedo con ellos y ya es de noche. Vaya, compadre -dijo la granjera-, no llegas en un momento oportuno, pero si no hay más remedio, pasa y siéntate en el banco de la estufa. Así que el compadre se sentó en el banco de la estufa con su cesto. El cura y la campesina lo estaban pasando alegremente. Al cabo de un rato dijo el cura: Anda, querida campesina, cántame algo, que cantas muy bien. Ay -dijo la campesina-, ya no canto tan bien. En mis años mozos sí que lo hacía, pero ya no. Venga -dijo el cura-, anda, cántame un poquito. Entonces la campesina empezó a cantar: He enviado a mi marido al monte Glöckerli en Suiza, y después de que él se ha ido sólo me muero de risa. Luego cantó el párroco: Ojalá que un año entero estuviera el hombre en él, porque a ver para qué quiero yo un celemín de laurel. ¡Aleluya! Después empezó a cantar el compadre (y aquí tengo que decir que el campesino se llamaba Hildebrando). El compadre cantó: ¡Ay, mi querido Hildebrando! O el calorcillo te atufa, o si los oyes cantando, ¿qué haces aún en la estufa? ¡Aleluya! Entonces cantó el campesino dentro del cesto: ¿Qué he tenido que escuchar? ¡Ya no puedo aguantar esto! Para ayudar a cantar, voy a salir de mi cesto. Y salió del cesto y, dándole una buena paliza al cura, lo echó de la casa.

* * *